

DIALOGOS DE LEONARDO BRUNI ARETINO SOBRE LA CULTURA DE LOS ANTIGUOS Y DE LOS MODERNOS

Escribe: JULIAN MOTTA SALAS

Nació Leonardo Bruni de Arezzo entre 1370 y 1374; fue lector de retórica en Florencia; debió su cultura humanística a las relaciones que mantuvo con Coluccio Salutati y al griego que aprendió con Crisoloras y murió en Florencia el 8 de marzo de 1444. Escribió gallardamente el latín y dejó entre sus numerosas obras los *Dialogi ad Petrum Histrum*, o Pedro Pablo Vergerio, en los cuales trata a fondo la cuestión de los antiguos y los modernos.

Son los interlocutores de esos diálogos con Coluccio, Nicolás Niccoli y Roberto Rossi. Dos de ellos deciden ir a saludar a Coluccio, y no bien han caminado un poco, se encuentran casualmente con Roberto Rossi, hombre entregado a los estudios de las óptimas letras y amigo de ellos —*homo optimarum artium studiis deditus nobisque familiaris*—, el cual había sido uno de los primeros discípulos de Crisoloras y tenía una escuela célebre en Florencia. Enterado Rossi de lo que se proponían sus dos amigos, se va con ellos a la casa de Coluccio Salutati, donde éste, sobre manifestarles el placer que al verlos experimenta, les habla acerca de la utilidad de la discusión. Lo cual hacía él cuando estuvo en Bolonia y al tratar después a hombres doctos les expuso siempre lo que sentía y les manifestó sus dudas a fin de saber lo que pensaban. Acostumbrólo así con Luis Marsili, cuyo entendimiento superior y conocimiento de las letras latinas le llevaban a exclamar: “¡Qué vigor de elocuencia poseía, oh dioses inmortales! ¡cuánta facundia, cuánta memoria!” Y esto porque hablaba siempre de Cicerón, de Virgilio, de Séneca y otros antiguos y con tanta propiedad que no solamente citaba sus opiniones y doctrinas, sino que profería frecuentemente sus mismas palabras de modo tal, que no parecían citadas sino cosa propia.

Acabando Salutati estas palabras le respondió Nicolás que estaba de acuerdo con ellas, pero le hacía presente que ya no eran los tiempos de antaño, pues los últimos hombres habían nacido en una época de tanta confusión de disciplinas culturales y de tanta escasez de libros que ninguno podía hablar de la cosa más mínima sin cierta impudencia. A lo cual se agregaba que para empeñarse con éxito en una discusión se requería una mole enorme de conocimientos. Considerando solo la filosofía

presentaba como sabio a Cicerón, que fue traída por él de Grecia a Italia y regada con el áureo río de su elocuencia, y en sus libros se hallaba no solamente la exposición fundamental de toda la filosofía, sino aquilatadas diligentemente todas las escuelas filosóficas, como que se tenía delante a los estoicos, los académicos, los peripatéticos, los epicúreos, y de allí venían las opiniones en pro y en contra. Desgraciadamente, al par que se conservan algunos libros del cisne de la elocuencia y la prosa latina, se dejaron perder otros, como despreciados, del mismo Cicerón, del cual nada más suave ni más hermoso produjeron las musas de la lengua latina. *Ceterum Ciceronis libros, quibus nihil pulchrius neque suavius latinae linguae musas unquam peperere, eos neglectos interire passi sunt.*

De lo que de aquel naufragio se había salvado solo quedaban algunos libros en que se basaban para su enseñanza “los magníficos filósofos de nuestro tiempo, que enseñan lo que no saben, de los cuales no se puede admirar bastante cómo han llegado a enseñar filosofía ignorando las letras, pues cuando hablan profieren más solecismos que palabras, tales que preferiría oírlos roncar que hablar”. Sabíase de memoria las doctrinas de los filósofos antiguos, lo que se confirma con el hecho de que habiéndole pedido el jurisconsulto Trebacio a un retórico famoso que le explicase algunos pasajes expuestos por Aristóteles y no habiendo podido hacerlo el retórico, le contestó Cicerón que no era de admirar que un retórico ignorase a un retórico conocido solamente por pocos. Con este asidero preguntó Nicolás: “¿No te parece que nuestro Cicerón aparta suficientemente de los pesebres a esta perezosa grey? ¿No crees que eso les ocurre sobremodo a los que con tanta desfachatez se incluyen en la familia de Aristóteles? ¿Osarán ponerse esos en el número de los pocos? Así lo creo, pues tal es su impudencia; mas no nos dejemos engañar. Hablaba Cicerón en un tiempo en que era más difícil hallar hombres ignorantes que doctos, pues sabemos que nunca más que en aquel floreció la lengua latina”.

Si eso pasaba en aquella época grandiosa en que todo el mundo sabía el griego, no menos que el latín, ¿qué diremos —para seguir transcribiendo a Nicolás— “en este gran naufragio o penuria de hombres doctos, que aquellos nada saben, pues no habrán de ignorar solamente el griego, sino aun las letras latinas?”.

Y ¿qué decir de la dialéctica, de la gramática, de la retórica, de casi todas las demás artes? Ciertamente que a algunos hombres no les falta el ingenio o la voluntad de aprender; pero están, me parece, cerrados todos los caminos en esta perturbación de las ciencias y en esta falta de libros, pues si alguno hay de preclaro ingenio y deseoso en gran manera de aprender, no puede llegar a donde desea, impedido por lo difícil de la situación, pues nadie puede sin cultura, sin maestros, sin libros, mostrarse excelente en los estudios. Según Nicolás, la cultura estaba en decadencia y faltaban muchos libros de Varrón, de Livio, de Salustio, de Plinio, de Cicerón, de otros innumerables. “*O miseram atque inopem conditionem horum temporum!*”, exclamaba.

Concluida la peroración de Nicolás sobre este punto, y a raíz de alguna ligera intervención de Rossi, empezó a hablar Salutati, y a tiempo

que no negó la importancia de la discusión o la disputa, afirmó que mucho se equivocaba Nicolás sosteniendo de modo tan perentorio la decadencia de la cultura. Si era verdad que se habían perdido algunos libros de hombres doctos de la antigüedad clásica, otros había que podían ocupar el puesto de Varrón. Y que ojalá se supiese a fondo lo que aún quedaba de la antigüedad. Ni debía imputarse a los tiempos lo que debería atribuirse a Nicolás, pues no podía entender cómo se atrevía éste a negar que en sus días florecían hombres como Dante, Francisco Petrarca y Juan Boccaccio, llevados hasta las estrellas con el consenso de todos. “Yo no llevo a ver —le decía— y por cierto que no me mueve el hecho de que sean mis conciudadanos, por qué no deban ser estos enumerados, en razón de la humana cultura, entre aquellos antiguos. Si Dante se hubiera valido de otro estilo, no me contentaría con ponerlo entre los antiguos, sino que lo antepondría aun a los mismos griegos. Por esto, Nicolás mío, si los hiciste a un lado conscientemente, es necesario que des las razones de tu desprecio; pero si se te han pasado de largo por algún olvido, poco agradecido me parece al no tener en la memoria a aquellos varones que son argullo y gloria de nuestra ciudad”. (*Atqui ego non video (nec merchule id me movet, quod cives mei sunt), cur hi non sint omni humanitatis ratione inter veteres illos annumerandi. Dantem vero, si alio genere scribendi usus esset, non eo contentus forem ut illum cum antiquis nostris compararem, sed et ipsis Graccis etiam anteponerem. Itaque, Nicolae, si tu sciens prudensque illos praeteristi, afferas rationes oportet cur ipsos aspernere: sin autem oblivione aliqua tibi dilapsi sunt, parum mihi gratus videris, qui eos viros memoriae fixos non habeas, qui civitati tuae laudi et gloriae sunt*).

¡Cuán preciosas me parecen estas palabras de Coluccio!

La discusión se iba acalorando de tal modo que le hizo prorrumpir a Nicolás en el siguiente exabrupto:

“¿Qué Dantes, qué Petrarcas, qué Boccaccios me recuerdas? ¿Crees, acaso, que yo juzgo según la opinión del vulgo para aprobar o improbar lo que sostiene la masa común? Pues no es así. Cuando alabo quiero aducir las razones de mi opinión, porque siempre me ha sido sospechosa la multitud, cuyos juicios más me parecen amb'guos que sólidos. Empezando por Dante, a quien ni al mismo Marón antepones, ¿no lo vemos incurrir en errores tan frecuentes que parece ignorante de todo? Ignoró totalmente el sentido de aquellas palabras de Virgilio: ‘A qué cosas no empujas los corazones de los hombres, oh execrable codicia del oro’, pues habiendo sido pronunciadas contra la avaricia él las interpretó contra la prod'galidad. Representa a aquel Catón que intervino en las guerras civiles como a un viejo de barba cana y larga, ignorando sin duda la cronología, pues murió joven aún, a los 48 años, en Utica. Mas pase esto por cosa de poco momento; lo que es más grave e intolerable es que hubiese condenado al último suplicio a Marco Bruto, hombre egregio por la justicia, la modestia de alma y, en fin, por toda suerte de virtud, por haber asesinado a César y dado así libertad al pueblo romano sacándolo de las manos de los ladrones, mientras que a Junio Bruto lo puso en los Campos Eliseos por la muerte del rey, siendo así que Tarquinio había recibido el reino de sus mayores y sido rey porque lo permitían las leyes; en cambio, César se

había apoderado de la república por la fuerza de las armas y había suprimido la libertad de su patria con la muerte de los mejores ciudadanos. Por lo cual, si Marco fue un criminal, más aún debe serlo considerado Junio; y si ha de ser alabado por haber asesinado a un rey, ¿por qué no ha de ser llevado hasta el cielo Marco, pues mató a un tirano? Pero hablemos de nuestros estudios, que fueron ignorados por Dante, como que está admitido que leyó las cuestiones escolásticas de los frailes y cosas semejantes fastidiosas y no tocó siquiera los libros de los gentiles que nos han quedado, de los cuales dependía en grado sumo su arte. Finalmente, aunque hubiera tenido muchas dotes grandes, le faltó ciertamente la latinidad ¿No habremos de avergonzarnos, pues, de llamarle poeta y aun de anteponerle a Virgilio, cuando ni siquiera pudo hablar en latín?”.

Disertó luego Nicolás del Petrarca; lo puso por los suelos y lo mismo hizo con Boccaccio. ¿Qué habrá de admirarnos si a tan insignes varones les negaba la honra en que con justísima razón son tenidos?

Oyole sonriente Coluccio, como solía, y le contestó: “¡Cuánto querría, Nicolás mío, que fueras un poco más amigo de tus compatriotas, aunque no se me escapa que no ha habido nadie, por más aprobado que haya sido en el consenso general, que no haya encontrado un amigo!”. Mas como estuviese ya para ocultarse el sol, le dijo: “Haré la defensa de aquellos en momento más oportuno”.

Y habiéndose reunido al día siguiente los mismos amigos del anterior, hecho por Leonardo el elogio de la belleza de Florencia y hablado de cómo nunca había reputado él a César por tirano, y de la necesidad de honrar a los hombres ilustres de cada país, hubo un momento en el cual, para contestarle a Roberto algunas de sus palabras, le dijo Coluccio: “¿Quién de vosotros no piensa que se puede engañar a un viejo? Créedme, jóvenes, que no es así, pues una vida larga es para nosotros la maestra, y la experiencia de las cosas nos enseña a saber más”. (*¿Quis enim est vestrum, qui non canum senem decipere posse arbitretur? Sed non est ita, credite mihi, iuvenes: nam longa vita nobis magistra est, et rerum experientia plus sapere docuit*). No se me ocultaron tus mañas ayer, Nicolás, cuando no solamente criticabas a nuestros vates sino que te desatabas en denuestos contra ellos. Creíste que movido yo con tus argucias iba a saltar inmediatamente a su defensa, y pienso que te pusiste de acuerdo con Leonardo, el cual no deja de pedirme desde hace tiempo que escriba el elogio de ellos. Lo que sí es verdad que deseo hacer, hasta para complacer a Leonardo porque trabaja diariamente para mí traduciéndome textos griegos al latín, no querría, sin embargo, querido Nicolás, aparecer impelido por tus argucias. Haré las laudes de esos varones cuando me plazca; mas hoy no, para que tus mañas no obtengan lo que buscan”.

Terció entonces en la conversación el mismo impugnador de aquellos grandes autores a fin de que Salutati los defendiese; excitó éste a Leonardo a esa labor, ya que tan admirablemente había logrado hacer el elogio de Florencia, replicó Leonardo que eso le correspondía a Coluccio, pero al fin resolvieron todos que el mismo que había atacado ofreciese las armas para defender a aquellos varones, en lo cual convino por fin Nicolás diciendo que había hecho el ataque solamente para excitar a Co-

lucio al elogio de los tres escritores y declarando que hasta sabía de memoria el poema de Dante, lo que no habría podido hacer sin un singular afecto: *quod facere non possem sine singulari quadam affectione*. Acerca del Petrarca manifestó que había hecho un viaje a Padua a fin de copiar algunos libros del ejemplar que aquél tenía y que había sido el primero en llevar a Florencia el poema de ese vate, titulado *Africa*. Ni podía odiar a Boccaccio, pues había adornado la biblioteca de éste con sus dineros para honrar la memoria de semejante varón, e iba con frecuencia a visitar esa biblioteca. “Por tanto, era difícil, como hacia poco decía, que se le ocultara a Coluccio mi artificio y no entendiera mi ficción”.

Rogole Coluccio que hiciese la prometida defensa, y así empezó a hacerlo Nicolás:

“Pues me parece que tres dotes le son necesarias a un gran poeta: el arte imaginativo, la elegancia de la dicción y el conocimiento de muchas cosas. De estas tres la primera es el fin principal de un poeta; la segunda le es común con el orador, y la tercera con los filósofos y los historiadores. Si están reunidas las tres, nada hay que requerir en un poeta. Veamos, pues, si os parece, cuáles de ellas hubo en nuestros poetas, y empecemos por Dante, que es el más antiguo. ¿Hay alguno que se atreva a negarle el arte imaginativo cuando él halló aquella tan preclara ficción y tan inaudita de los tres reinos...? Pues ¿qué diré del paraíso, cuyo orden es tan grande y su descripción tan acabada que nunca se podrá encontrar una ficción más hermosa y digna de ser encomiada? ¿Qué de su descenso y ascenso; ¿Qué de sus guías y compañeros, con cuánta elegancia escogitados? ¿Qué del cálculo de las horas? ¿Qué de su facundia, cosas tales que hicieron aparecer como a unos infantes a todos sus predecesores? Nada hay que hablar de los tropos, de su arte retórico, admirablemente difundidos por toda la obra de aquel varón, y no menos abundantes que adornados. Corren dulcísimos ríos de palabras y éstas expresadas ante los oyentes o los que las leen como si las tuvieran a la vista; y no hay oscuridad que su oración no ilustre y declare. Pues lo que es más importante de todo es que expone y discute las más sutiles cuestiones teológicas y filosóficas en aquellos pulidísimos tercetos como difícilmente pueden proponerse por los mismos teólogos y filósofos en las pacas discusiones de la escuela.

“Agréguese a esto una ciencia increíble de la historia, pues están tratados en esta preciosa obra no solamente las cosas antiguas sino las modernas, y las cosas domésticas y las extrañas, ya para exornarlas, ya para llenarlas de sabiduría. No hay gente en Italia, ni monte, ni río, ninguna familia de cierta nobleza, ningún hombre que haya hecho algo digno de memoria que no esté admirablemente relatado y distribuido por él en su poema. Así que no me desagrade lo que ayer hizo Coluccio, que fue equiparar a Dante con Virgilio y con Homero, pues no se que cosa pueda haber en los poemas de éstos a que no responda ubérricamente el nuestro. Leed, os ruego, aquellos versos en que canta el amor, el odio, el temor y otras perturbaciones del alma; leed la descripción de los tiempos, el movimiento de los cielos, el orto y el ocaso de las estrellas, los cálculos matemáticos, las exhortaciones, las invectivas, las consolaciones, y juzgad luego si puede proferir algún poeta algo más perfecto por su sabiduría o

más acabado por su elocuencia. Pues a ese hombre tan elegante, tan docto, lo separé ayer del colegio de los literatos, no para ponerlo con ellos sino sobre ellos, como que no solamente los deleita con su poema, antes bien a toda la ciudad”.

Saca luego victorioso a Dante de las demás acusaciones que le hizo el día anterior, hasta la referente a no haber entendido el verso de Virgilio, que dice:

*Quid non mortalia pectora cogis
auri sacra fames,*

atribuyendo lo que dijo aquél, a error de los copistas. Si expresó que a Dante le faltó la cultura latina fue por irritar a Coluccio, pues eso no lo dijeron los contemporáneos del vate y otra cosa declaran sus obras.

Seguidamente encomia a Petrarca y no escatma hablar de lo que otros dijeron de la majestad, continencia, integridad, pureza y otras virtudes del gran poeta de Valclusa, de quien dice que si las obras de Ennio, Lucrecio, Pacuvio y Accio fueron apenas versos y poemas, ninguno de estos escribió jamás en prosa obras más dignas de alabanza; que, en cambio, quedan los poemas del Petrarca en versos elegantísimos y muchos libros en prosa, y tanto valió por su ingenio que en los versos se codeó con los más celebrados poetas y en la prosa con los más disertos oradores.

“No se lo que a vosotros os parece; yo he traído a colación todos los lugares con que ellos confirmaron su causa; y porque me pareció que la conclusión estuvo óptimamente fundada, asentí a lo que decían y me persuadí de que así era. Quizá mientras pensaban así aquellos extranjeros los ciudadanos habremos de ser más fríos en la alabanza de un compatriota? ¿Y no nos atreveremos a reconocerle sus méritos, especialmente habiendo sido este hombre excelente en los estudios de humanidades que ya estaban extinguidos y porque abrió el camino para nuestra formación intelectual y no se si fue el primero que trajo a nuestra ciudad el lauro poético? Pero se objetará que el libro en que puso tanto cuidado no es muy aprobado! ¿Y quién es el grave censor que no lo aprueba? Querría preguntarle por qué razón lo hace, pues si hubiera en ese libro algo que no pueda ser aprobado, la causa sería la de que la muerte le impidió llevarlo a la perfección. También se dirá que sus bucólicas no tienen sabor pastoral. Yo no lo creo así, pues “todo lo observo lleno de pastores y rebaños cuando te veo”.

Como se riesen de esto —y por cierto que era para reír— dijo Nicolás: “Pues por esto digo que he oído a algunos críticar por eso a Petrarca. No creáis que son más esas críticas porque habiéndolas oído ayer por la causa que sabéis, las he referido. Me place refutar, no a mí, que hablaba con simulación, sino a los hombres insulsísimos que en verdad así pensaban, pues en cuanto a lo que dicen, que valen más un verso de Virgilio y una carta de Cicerón que todas las obras de Petrarca, devuelvo las tornas diciendo que prefiero más una larga oración de Petrarca que todas las cartas de Cicerón, y más las poesías de aquel que todos los versos de Cicerón”.

“Y vengamos a Boccaccio, cuya doctrina, elocuencia y encantos miro especialmente por la prestancia de su ingenio en todas sus obras,

pues, contó y descubrió, de modo facundísimo y graciosísimo, las genealogías de los dioses, los montes y los ríos, los varios sucesos de los hombres ilustres y las mujeres esclarecidas, lo versos bucólicos, los amores, las ninfas y otras cosas infinitas. ¿Quién no lo amaré, no lo veneraré y levantará hasta el cielo, y quién no pensará que todos estos poetas constituyen la máxima parte de gloria de nuestra ciudad?”.

Al acabar de decir esto, en que hay no poco ingenio y alguna malicia y socarronería, le pidió Nicolás a Coluccio que, sin pizca de artificio fraudulento, hiciera el encomio de aquellos hombres prestantísimos con su facundia. Mas éste manifestó que no había para qué añadir nada a esos elogios. Alabó también Pedro el ingenio y la habilidad de Nicolás y lo absolvió de los cargos, como si hubiera estado sometido a juicio. “Te has aprendido cuidadosamente el poema de Dante; por amor a Petrarca has viajado a Padua; por afecto a Boccaccio has adornado su biblioteca a tus expensas y dejando todo para entregarte a las letras y estudios por completo, conoces de tal modo a Cicerón, Plinio, Varrón, Livio y a todos los antiguos que ilustraron la lengua latina, que todos los hombres que algo saben te admiran sobremanera”.

“Pues yo —respondió Nicolás— he conseguido un amplísimo premio escuchando de tu boca elocuentísima tantas laudes. Pero ándate con cuidado, te ruego, mi querido Pedro, especialmente porque no me forjo ilusiones de ninguna manera puesto que bien se quién soy y las facultades que tengo. Cuando leo a los antiguos, a quienes ha poco recordabas —lo que hago con gusto cada vez que lo permiten mis ocupaciones—; cuando considero su sabiduría y elegancia, tan lejos estoy de pensar que algo se, conociendo la poquedad de mi ingenio, que me parece imposible que puedan aprender algo aun los mayores ingenios de nuestro tiempo. (*Cum enim veteres illos, quos tu modo memorabas, lego, quod, si per occupationes meas liceat, libentissime facio; cum eorum sapientiam elegantiamque considero, tantum abest ut ego aliquid me sapere putem, qui tarditatem ingenii mei cognosco, ut ne summa quidem ingenia in hac tempestate discernere aliquid posse videantur*). Pero cuanto más lo peso, tanto más admiro a los vates florentinos que, en un siglo que poco se prestaba para ello, sin embargo, por una superabundancia de ingenio, llegaron a ser iguales o superiores a los antiguos”.

A lo cual dijo Roberto:

“La noche pasada nos entregó a tí, oh Nicolás, pues tales cosas decías ayer que estaban, en verdad, lejísimos de nosotros”.

“Ayer —dijo entonces Nicolás— me propuse adquirir tus libros porque sabía que si llegaba a persuadirte habrías aumentado inmediatamente su encanto”.

Y agregó Coluccio:

—Haz abrir las puertas, Roberto, pues ya podemos salir sin temor a la calumnia”.

“—Pues yo —respondió Roberto— no lo mandaré si antes no me prometes...”

“—¿Qué?, dijo Coluccio.

“—Que mañana cenaréis todos conmigo, pues tengo algo que deseo celebrar con una plática convivial”.

“—Como te plazca —dijo Roberto— con tal que vengáis.

“—Pues nosotros —dijo Coluccio— vendremos y te respondo también por mis huéspedes. Prepara, pues, un doble convivio: el uno para el cuerpo y el otro para solaz de nuestras almas”.

“Dicho esto regresamos y Roberto nos acompañó hasta el Puente Viejo”.

Así termina Leonardo Bruni Aretino los sabrosos diálogos que he procurado resumir en gracia a la brevedad.

Algunas glosas se le podrían hacer a Nicolás Niccoli; pero en esa querrela de los antiguos y los modernos que tanto ha preocupado a varias generaciones, debo decir que estoy de acuerdo con él en que los modernos pueden igualar y aun superar a los antiguos. Que esto del arte y la belleza no es patrimonio exclusivo de ningún hombre ni de ninguna nación, por más que algunas hayan dado grandes hombres a las letras, pues para todos luce el sol y pueden surgir tras cada cantón nuevos Homeros, Sófocles, Tucídides, Aristóteles, Virgilio, Horacios, Agustines, Tomases, Dantes, Shakespeares, Goethes, Cervantes y otros cantores y escritores de su par, o mejores aún —¡cuán difícil ciertamente!— que nos iluminen y deleiten. Otros, digo, vendrán tan grandes y aun superiores a los que ya mordieron el polvo, porque los temas los dará la misma especie humana, tan rica de esencias inmortales.

Yo admiro a los serafines purísimos de las letras, pero no creo sino en un solo Dios y éste sí verdaderamente inmortal.

Mientras llegan esos nuevos prodigios de la mente humana y cierro los ojos a la luz de este mundo perecedero para abrirlos ante los alcázares de la Suprema Belleza —que así lo habré de alcanzar de las entrañas de su infinita misericordia, por más que sea yo un asqueroso gusanillo de la tierra— seguiré leyendo a mis clásicos griegos, latinos, italianos, españoles, franceses, ingleses, alemanes, portugueses, rusos y de otros países, pues esta chispa de la Divinidad que luce también en las almas, la han llevado, la llevan y la seguirán llevando todos los hombres hasta la consumación de los siglos.

No pierdan esto de vista los viejos y mucho menos los gallitos de primer canto.